



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ACTRICES CÓMICAS
VICTORIA MUÑOZ



174 de Brado, Brangado, 14 y Carbon, 1. Madrid

La premian á cada instante
con aplausos en la escena,
porque es una actriz muy buena,
muy guapa y muy elegante.

Conozco un gomoso atroz
que no quiere ir á la gloria
si no se va con Victoria,
con la Victoria Muñoz.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Enfermedades reinantes, por Constantino Gil.—Memorias de ultratumba, por José Estremera.—Dichos de las asmas y de las letras, por Clarín.—La administración, por Sinusio Delgado.—Al Sr. Martínez, por José López Silva.—A Justa, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: Victoria Muñoz.—Mañana de primavera.—El hueso suelto... por Cilla.



El Gobierno trata de despojar á las bellas telefonistas de los aparatos que les corresponden.

Es decir: todas esas chicas guapas que hoy prestan servicio en la estación central, dejarán sus puestos, para que los ocupen los seres barbudos de la clase de telegrafistas.

Esto es cruel, porque ellas se habían acostumbrado á considerar los aparatos del Gobierno como cosa propia, y el día que les falten, van a tener un disgusto.

Lo que me decía una mamá:

—¿Cómo quiere V. que mi niña vuelva á acostumbrarse á fregar la loza y á reparar los calcetines? ¿Cómo la obligo yo á hacer las camas, después de haber estado manejando el auricular, con gran complacencia de sus jefes?

En cuanto la mujer logra emanciparse, pasando á la categoría de funcionaria, no hay medio de hacerla cumplir sus deberes caseros, y ha habido alguna que quería obligar á su esposo á ir á la compra y lactar al recién nacido.

—Yo no soy mujer—gritaba en cierta ocasión;—soy una empleada del Gobierno.

—Corriente—decía el marido con la timidez natural;—pero alguien ha de hacer los menesteres de la casa.

—Hazlos tú.

—Pero, Efigenia.

—Estoy dispuesta á no mistificar mis derechos oficiales, y si me apuras mucho, te impondré la obligación de dar á luz. Yo no puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo que ir á la oficina.

Tal cual se encuentran establecidas hoy las cosas, la mujer, aun figurando en nómina y hallándose en posesión de las preeminencias correspondientes al cargo, no es todo lo masculina que fuere de desear.

Para bien ser, ninguna funcionaria pública debería contraer matrimonio, á fin de conservar su autonomía, dedicándose, en cambio, á las bebidas alcohólicas y al tabaco de hebra, para adquirir caracteres varoniles y acostumbrarse á las interjecciones y á la salivación.

Hoy, con credencial y todo, la mujer está expuesta á mil contingencias propias del sexo, y puede ocurrir, á lo mejor, que el marido quiera tener más derechos que el jefe de la oficina.

—Manuela!... Necesito agua templada para afeitarme.

—Ya sabes que no puedo detenerme. Entro de guardia á las doce.

—Primero soy yo que el Gobierno de la nación.

—El servicio público me obliga á salir.

—Sí, ¿eh? Pues, toma.

Y el marido, que suele ser un bruto, se ciega y arroja á la cabeza de su mujer el estuche de las navajas. Lloran los niños, ladra el perro, se enfurece la empleada, acuden las vecinas, sube la pareja y el marido es llevado á la prevención, mientras la esposa se dirige rápida á la oficina.

—¿Qué horas son estas de venir?—dice el jefe.

—He tenido que dedicar algunos minutos á las expansiones de la familia.

—Usted no debe tener más familia que yo.

—Es que mi marido...

—Usted no puede tener más marido que el teléfono, que es con quien está V. casada oficialmente.

Poco á poco se irá emancipando el sexo, hasta que veamos á las esposas conduciendo de la mano á sus esposos por el camino de la virtud, y defendiéndoles contra las seducciones y los peligros.

Dentro de dos ó tres años habrá Gobernadores civiles del género femenino, y Ministros escotados y de manga corta.

—¿Se puede ver á su excelencia?—preguntarán los pretendientes.

—Todavía no—contestarán los porteros.—Su excelencia está en enaguas, y no puede recibir.

Entonces leeremos también en los periódicos:

«El intendente general de Filipinas ha salido de su cuidado con toda felicidad, dando á la patria una robusta niña.»

Qué felicidad tan grande el día que el hombre pueda contraer matrimonio con una chica guapa y después resulte que se ha casado con un médico, ó cobrador del tranvía, ó un cabo de la Guardia civil.

—¿Y la señora? ¿Cómo está?—preguntarán á uno.

—Está buena, pero con mucho trabajo. Ahora le han dado el mando de una brigada.

—¿Y los niños?

—Se crían muy hermosos. Al chiquitín le estamos despechando ahora.

—¿Con qué?

—Con lo primero que hemos encontrado. El pobrecito es tan dócil, que se pasa todo el día chupando un boliche de una cama de hierro.

Ya se han publicado los programas de las carreras de caballos y de la Exposición de plantas y flores, dos espectáculos á cual más distinguidos.

Las damas se disponen á lucir sus trajes, y los jóvenes de pocos recursos, pero aficionados á la exhibición, apelan á la bencina para hermopear las prendas ultrajadas por el uso.

Las Exposiciones estimulan al productor y mejoran las especies.

Hay quien va á demostrar prácticamente que el cultivo esmerado, puede producir rosas del tamaño de los repollos y claveles lo mismo que sombreros de copa.

¿Quién sabe! Puede que andando el tiempo, haya rosales que den alfileres de corbata ó dentaduras postizas.

Así como hay caballeros que dan bellotas.

El patio andalus se titula una serie de preciosos artículos que acaba de publicar, en un elegante tomo, el conocido poeta D. Salvador Rueda.

Aires d'a miña terra es el título de una bellísima colección de versos, escritos en dialecto gallego por Curros Enríquez, el primero entre los poetas de aquella región.

Ante ambas obras me inclino y me descubro respetuosamente, apesar de la crudeza del tiempo.

LUIS TABOADA.

ENFERMEDADES REINANTES

Pedro Esquila y Juan Cencerro se encontraron anteaer en el callejón del Perro, cerca del anochecer.

Los dos iban derrotados, y eso que nunca han querido presentarse diputados; lo cual que hubieran podido.

Al uno, se le reía el pantalón... sin querer... y al otro, se le veía... lo que no se debe ver.

Llevaba Juan un sombrero de esos que ya no dan sombra, que encontró en un basurero junto... á lo que no se nombra.

Y Pedro por ir tapado, y guardas la calavera, un hongo agujerado á modo de regadera.

Los dos llevaban levitas, bastante cortas de talle, tanto que las pubrecitas hasta huían de la talle.

Botas... llevaban los dos, mas con tales transparencias que se les veían los dedos y sus prominencias.

—¡Malo estás!—le dijo a Juan su amigo en tono muy serio.— Si sigues así te van á llevar al cementerio.

Ya sabes que soy tu amigo; y aunque para nada valgo, debes de contar conmigo cuando quieras contar algo.

Si no es cuestión de dinero veré si puedo ayudarte. Y aun cuando lo sea... pero temería molestarte.

—¡Gracias!—contestóle Juan.— Ya sé que eres muy decente y que varias veces te han encausado injustamente.

Y aunque has estado en presidio, como yo he estado también, ya sabes que no te envidio y que nos llevamos bien.

—Hombre, no se trata de eso.

Hablo de tu enfermedad. —Estoy malo; lo confieso, y de mucha gravedad.

Sospecho que tengo una enfermedad ordinaria y larga como ninguna.

—¿Pues cuál es?

—La solitaria.

—¿Y desde cuándo?

—No sé;

pero hace ya más de un año.

Ahora te la enseñaré, y verás que no te engaño.

—¿Pues se estremeció

al ver que Juan se entrecabría la levita, y dijo:—No, no la saques todavía!

La tarde está muy helada, se te puede constipar, y ya una vez constipado, ¿cómo la vas á cuidar?

—Pero Juan, sin atender á los ruegos de su amigo, añadió:—¡La vas á ver, y la he de partir contigo!

—Ya la partirás después, otro día, lo agradeceré—contestó Perico.—Es un honor que no merezco!

—¡Ingrato!—le dijo Juan.—

¡Lo que hago contigo yo pocas personas lo harán!— Y... de pronto... la sacó...

Con las dos manos sujeta, como van los criminales: porque... era una peseta, y de las de cinco reales.

—¿Qué es esto?—exclamó Perico

gritando cuanto podía, y saltando como un mico para ver si la cogía.

—¡La solitaria!—repuso Juan Cencerro, y con sencillo ademán, fué y se la puso otra vez en el bolsillo.

Y luego con voz tranquila, añadió inmediatamente, contemplando á Pedro Esquila un poco buclonamente.

—Ya la has visto; es columnaria;

de rica plata española;

y la llamo... solitaria,

porque... ¡la tengo tan solat

CONSTANTINO GIL.

Y sentí tal ventura que por siempre de amor he conseguido quedarme en mi tranquila sepultura á esperar la oración de mi marido.

JOSÉ ESTREMEZA.

DISCURSO

DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS

Dejando de comer Don Quijote, comenzó á decir: «Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la Orden de la andante crítica; y si no, dígame quien, no siendo un crítico, se ha visto en el trance de andar por el mundo firmando certificados de buena conducta para quien no debe de necesitarlos, y menos debe pedirlos, por ser la honra y buena reputación calidades que se han de suponer en todos; quitásemse de delante los que dijeren que está bien que cada pocos días un crítico, que de las letras se ha de entender que habla, y nada más, en todo cuanto de ellas diga, necesita declarar que, tratando de un poema, no ha entendido ofender á un caballero; que fuera como apuntar al soldado cénit para dar en los antipodas. Graves confusiones nacen y disturbios se engendran en la república de las letras, de separar bien cada cual lo que al punto de honor toca y lo que sólo entra en las contingencias del amor que llamamos propio, sin deber llamarlo así, pues más que amor de nosotros mismos es de nuestra sombra, que es nuestra vanidad. Todo hombre debe dejarse hacer pedazos por la limpieza de su honor, pero ni lo negro de una uña se ha de exponer por arrancar de viva fuerza á otro una favorable opinión de nuestro ingenio, que, presu- puesto que él la tenga mala, ni con tenazas se la arrancaremos; y el hacerle cambiar en esto no es obra de la fuerza, sino de la elocuencia, que por medio de la persuasión ha de trocar su ánimo, lo cual sólo se consigue con partos del cerebro que de tal arte sean, que á todos se luzcan. Así cambiaré el parecer contrario, que no forzado; y donde no, será tan miserable, que valdrá más tenerlo por enemigo.

Los que se consagran á las letras, señores, no han de referirse jamás á las armas, por cuanto á las letras toca, ni el que se vea obligado á usar de las armas ha de consentir jamás que se piense que á ellas recurre por ocasión de las letras. Varios casos pueden suceder en que estas confusiones ocurran, y pueden de ellos ser culpables los diestros que son también literatos, y los literatos que presumen de diestros. El que sintiéndose valiente y dueño de las armas, de esta ventaja quiera valerse para gozar más crédito en lo que escribe, engaña al público, se engaña á sí mismo, falta á la justicia y ofende á los que no hacen otro tanto. Si un crítico censura lo que escriben cuantos autores le parecen detestables, y para mejor persuadir y deleitar al lector, si tanto puede, emplea las burlas lícitas de la sátira desinteresada, todos los que toleran sus flechazos, puramente retóricos, ¿lo harán porque son pusilánimes, y no porque saben sufrir legítimos ataques, que en ellos solamente lastima lo que no es capaz de tener honra, que es la vanidad? Llenas están las historias de nuestros tiempos y de otros más antiguos de ejemplos notables, donde se ve á muy bravos caballeros, que hasta por oficio pudieran tener el serlo, soportar con paciencia la sátira que les mortifica, pero que no les hiere donde ellos no pudieran tolerarlo. Pues ahora, el que se levanta á guisa de redentor diciendo: «No en mis días! ¡Conmigo no hay bromas! ¡Fuera chanzas si van con mis libros!» más que al Cid Campeador asemeja á D. Lucas del Cigarral, que por hacerse oír una comedia suya se expone á que su honor quede burlado, y á coger una pulmonía orillas del pozo de un corral en noche de helada.

Si hasta aquí sufrieron valientes y cobardes que de las obras literarias que al público fallo entregan, la crítica diga el mal que quisiere y como quisiere, así ha de ser también en adelante, y no hay en esto nada que enmendar ni redimir, ni para qué exponer en tan ociosa empresa la paz ajena ó la propia. Nadie agradecerá su trabajo al que se empeña en enmendar lo que no necesita enmienda; antes, como ya dije, podrán amostazarse aquellos que en caso igual se vieron y no se enfadaron ni hicieron más que callar; y aun habrá entre los tales quien diga: ¿si pensará éste que por cobardes callamos nosotros, y que por él esperáramos como por un Mesías, para que á todos nos salvase?—Y así se ve como quien por fuerza pretende cambiar el juicio que de los partos de su ingenio forma el crítico, nada consigue y lastima á otros. Mas ahora mos-

MEMORIAS DE ULTRATUMBA

¡Qué funebres sonaron las campanas la noche de mis bodas! Viví hasta entonces de ilusiones vanas; pero la noche aquella huyeron todas. Vistíronme mis galas, las más bellas, con gozo extraordinario, en tanto que yo en ellas, más que traje nupcial, ví mi sudario. La gente me admiraba y se reía envidiando mi suerte; y en tanto yo sentía el espantoso frío de la muerte. ¡Angustiado mi pecho las puertas no podía abrir al llanto!... ¡Robábanme el derecho de amar al hombre que adoraba tanto! ¡Amar á un hombre y de otro ser esposa! Mi martirio era horrible. Aquel día fingí que era dichosa; mas fué mi situación insostenible. Fué ficción de placeres mi agonía; creyó mi esposo su ventura cierta, mas al nacer la aurora al otro día sobre el lecho nupcial me hallaron muerta.

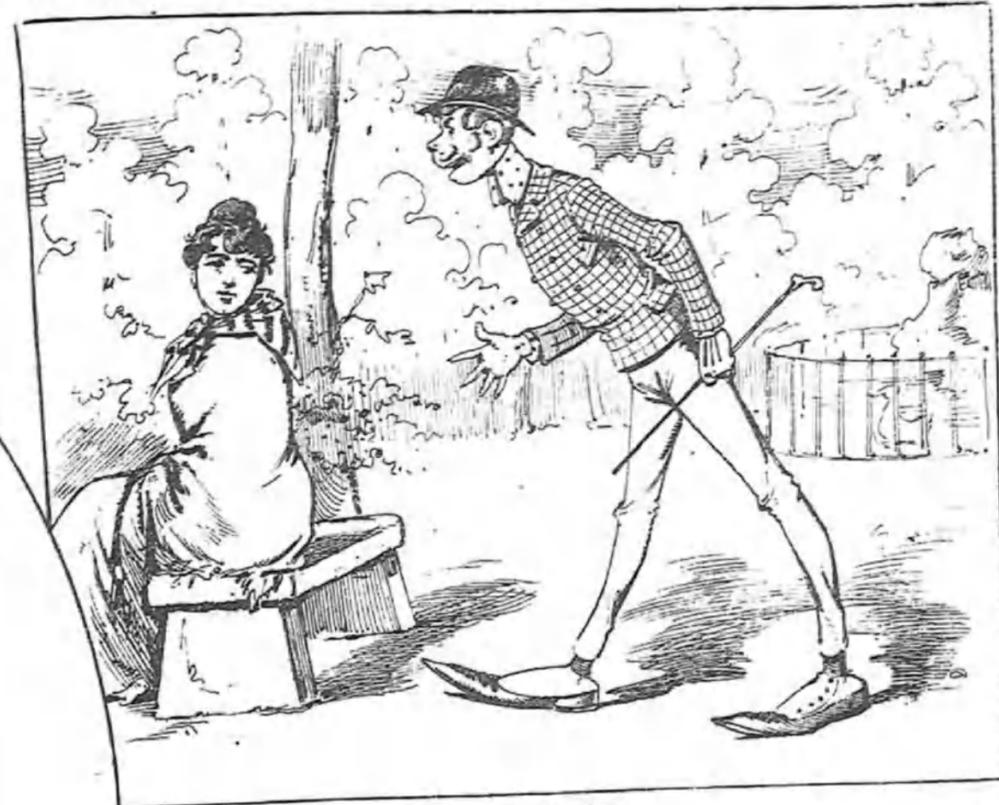
Adiós, glorias humanas, ya no llenáis mi pecho de amargura. ¡Qué alegres resonaron las campanas el día que me dieron sepultura!

Muerta de amor, amor por mí velaba. —¿Qué quieres?—preguntóme al ver mi lloro. —Deja que vaya un punto á ser esclava del hombre á quien adoro. Mi espíritu éstróse por la losa que mi tumba cubría. Me hallé libre y dichosa, volé buscando la ventura mía. Al hombre que amé tanto, sumido hallé en orgiásticos placeres siendo gala y encanto de impúdicas mujeres. A mi tumba volví triste y llorosa, buscando olvido y eternal reposo... Un hombre hallé rezando ante mi fosa llorando sin consuelo. Era mi esposo.

MAÑANA DE PRIMAVERA



—Me alegro de haber salido
porque *al que madruga...* ¡pues!
—(Este lo que quiere es
ayudar á mi marido.)



—(Esta muchacha tiene
buena presencia.)
¿Quiere usted un pupilo
con asistencia?



—Aquí vivo hecho un bigardo
haciendo una vida farda;
todos me llaman el guarda
y maldito lo que guardo.

tremos cómo es injusto con aquel á quien perturba inútilmente. Suponer que quien censura nuestras obras pretende ofendernos, sin más ni más, es suposición que frisa con la ofensa; porque si la injuria asoma en la censura, no debemos preguntar si se nos quiso ofender, sino exigir el desagravio, si cabe; y si la injuria no asoma, es malicia excusada consacarla y querer verla allí donde no hay más que honesto pasatiempo y chanza permitida y sancionada por el uso de todos los siglos y de todos los pueblos cultos.

Con el achacar á burlas con el honor lo que es sátira contra nuestros hijos literarios, damos á entender casi casi que en más apreciamos esta vana progenie que aquel hijo único de nuestras obras, y que más fácil nos parece que se dude de nuestra buena fama, que de los primores de nuestra pluma. También se ofende al crítico con suponerle tan majadero que sólo por diversión ha de dedicarse á ofender, trayendo esto en pos de sí, á más del castigo de todo pecado, peligrosas consecuencias. No puede el buen sentido suponer que quien tiene por oficio censurar libros y comedias, cuando lo hace, se propone injuriar á los autores, porque siendo muchos, y tantos, los que escriben mal, el censor impertinente se expondría á una batalla diaria. Quiero pensar que nuestro crítico es tan valiente como Rufí Díaz de Vivar, pues este bravísimo caballero luchó con quince en Zamora, y á los quince los venció; pero el crítico, puesto que venciese á los quince, caería bajo los pies del décimosexto mal poeta, sin que le valiese el ser un Cid Campeador.

Queda, á más de esto, considerar que en el arremeter con la furia premolida del que toma vuelo desde lejos y con todo el aire de la vanidad herida, hay una ventaja poco leal respecto del pobre crítico desahogado, que, ni quería ofender, ni tenía por qué quererlo, pues era incapaz de tener envidia al autor censurado.

Frío y sin ira está el crítico; áira lo viene el otro, y es desigual combate, el de quien desea beber sangre de literato cáustico, con quien tiene la vanidad punzada, precisamente, en no querer mal á su enemigo, del cual no espera que en las artes de la paz le pueda estorbar en su vida.

Mas ya se debe decir algo del otro caso de lo que hablaba, y es que el crítico puede también traer graves trastornos á la ordenada república de las letras, si oyendo voces imprudentes del propio orgullo ó de la ajena pasión, quiere añadir á la prerrogativa de censurar que el uso le confiera con todas sus premáticas, la cualidad de bravucon y quisquilloso espadachín.

Ha de hacer éste como el otro y como todos en lo de procurar por su honra y preferirla á la misma vida, con valer tanto ésta para el que vive bien con su conciencia; pero por la vanidad de parecer valiente y mal sufrido, fuera de tiempo, no ha de exponer ni su sangre ni la ajena. Y ya que tiene, ó suele tener, la pícará vanidad de pensar que el autor que él juzga mal poeta ó mal prosista no sabe, como él sabe, cuánto más valen la vida y la tranquilidad que los versos y las prosas detestables, aplique esta aprensión de su amor propio á disimular flaquezas ajenas y muestre calma y hasta benevolencia donde el contrario calor y pasión dignas de mejor causa. Y no olvida, sobre todo, que al que, vanamente, considera inferior en honduras intelectuales, debe sin falta mirarle como igual en materia de pundonor y de todo derecho, y que el mismísimo bobo de Coria, que era tan bobo, sabe tanto y merece tanto como Salomón, si se trata de su honra y de respetar su decoro.

No debe el crítico, si se precia de hombre moral, negar á nadie la condición de bien nacido y mejor criado, mientras no la conste que no la tiene; y debe estar siempre con ánimo expedito para aclarar las dudas que sobre el caso le presenten sin detenerse por lo pronto á discernir si las dudas están bien ó mal fundadas. Sólo con el que insistiera después de satisfecho, debe seguir el camino de tomarle como loco y tratarle, ó hacer que le traten como tal. Y de mí digo, señores, que si con todo el valor que poseo y la destreza que me asiste y que consta al mundo, tuviera tiempo, como no lo tengo, de escribir de crítica y enderezar tuertos y rípios literarios, no me acordaría jamás de quien soy ni de lo que puedo, y al que maltratase en sus escritos, sin poder remediarlo, diérame cuantas explicaciones me pidiese en punto á reconocerle su honor, si lo tenía; y aún había de hacer más, y sería repartir al mundo entero y á cuantos literatos de pobre ingenio las quisieran letras de crédito, como aquella primera de pollinos que di á Sancho en Sierra Morena; las cuales serían pagaderas al portador y dirían: «Yo D. Quijote de la Mancha, desfacedor de entuertos literarios, por la presente, y no habiéndolo hecho por la primera, reconozco en D. Fulano, pésimo

poeta, ó prosista empecatado, todo el honor que le esté bien; y si hubiere *plus petitio*, allá la justicia, que yo no soy juez de honras, sino de ingenios. Vale por cien años.»

Mas no permitiéndome la Orden de caballería que profeso consagrar mis ocios, que son las armas, á cortarles la pluma y dejársela sin pelos á los que de ella viven, ó quieren vivir, lo que por mí no he de hacer, á los demás se lo recomiendo; pues así habrá orden en estos reinos, y serán las letras para lo que son, que es el ornamento de la paz, y las armas para lo que sirven, que no es para ahuyentar las musas, sino al contrario, barrer de enemigos el terreno donde ellas, al amparo de la sagrada oliva, puedan reinar, acompañando al dios Esminteo, coronadas de laurel incorruptible.»

Por el fonógrafo,
CLAREN.

LA ADMINISTRACIÓN

El señor don Simeón Quintero de Tejavana, ha llegado esta mañana procedente de León.

Viene á gestionar aquí un expediente de Hacienda, que ni hay nadie que le casenda ni hay quien le saque de allí.

Y suponiendo que ya conoceré á mucha gente, aunque no soy influyente ni Cristo que lo fundó, me ha venido á despertar riendo y alborotando á las ocho y media, cuando me acababa de acostar!

No ha habido remedio. ¡Arrriba á recorrer negociados, y á visitar empujados, y á tragar mucha saliva!

—¿Qué se ofrece?

—El oficial de la sección?

—No ha venido.

—¿Por qué?

—Porque no ha querido.

—¿Y el jefe?

—En el principal.

—¿Está el jefe?

—Sí, señor.

—Pásele usted esa tarjeta, y tome usted esa pecaeta por hacerme ese favor.

—¿Qué ha dicho?

—Que no es aquí.

—¿Dónde es?

—Ustedes verán.

—Pues señor, acabarán por preguntármelo á mí.

—Dígame usted, caballero:

¿Hay una reclamación sobre la contribución de don Simeón Quintero?

—Pues sí señor, aquí es; pero tenemos diez mil...

—Esta es del veinte de Abril del año setenta y tres.

—Pues entonces, eso es cosa del archivo general!

—¿A que lo tiene Abascal en los Santos de la Humosa?

—Fuímos á Gobernación, y á Fomento, y á Ultramar, y no hemos podido dar con la tal reclamación.

—No ha llegado.—No ha venido.

—No está en este negociado...

En fin, que yo me he acostado completamente rendido; y jurando brutalmente el señor don Simeón, vuelve esta noche á León ¡que es donde está el expediente!

SINESIO DELGADO.

AL SEÑOR MARTÍNEZ

(Aunque á nadie le importe, decirlo quiero. Este señor Martínez es mi casero.)

Señor Martínez. Por los dolores de la bendita Madre de Dios, ponga usted coto, sin perder tiempo, con una enérgica disposición, á los excesos, casi brutales, de estos vecinos sin pundonor. ¿Usted no sabe, señor Martínez, lo que sucede con ellos? ¡No! Pues bien; sucede, que hace ya un año, cuando aun apenas alumbra el sol, el caballero que vive enfrente del entresuelo que ocupo yo, se sube al cuarto del inquilino de la bohardilla número dos, y uno en guitarra, y otro en handuerria, pese á quien pese, se dan charol, haciendo escalas y tonterías, que á mí me parten el corazón. Luego, el del bajo de la derecha, que es casi casi compositor, ha escrito un *schottis* bastante feo, que se titula *Chas de Lamott*. Además de esto, que acabaría con la paciencia del mismo Job, el del primero toca el armónium, el del segundo toca el fagot, y el del tercero las castañuelas, y si mancoordjo y si abordeón.

Das señoritas del otro bajo,
sobrinas de uno que trata en cok,
tocan al piano varios fragmentos
de la *Lucia de Lamermoor*;
y en fin, el chico de la portera,
que es un insigne melocotón,
cuando no llora ni corre ó juega,
ni tira cotes, ni alza la voz,
se pasa el tiempo dando golpazos
sobre los parches de su tambor,
precisamente junto á la puerta
del entresuelo que habito yo
No hubiera dicho ni una palabra
de estos salvajes; pero por Dios!
¡Si todos tocan alguna cosa,
y tocan todas de un modo atroz!

Ya usted conoce, señor Marín,
mi exagerada circunspección;
pero me chinchas de tal manera
las señoritas, y el del fagot,
y el individuo de la guitarra,
y el caballero compositor,
que si á estas músicas no da usted término
con una enérgica disposición,
la emprenda á tiras con los culpables,
lo mismo que una y una son dos.

J. LÓPEZ SILVA.

A JUANA

Como yo no puedo ver
que te la *Aguac Benigno*,
porque no es noble ni digno
pegársela á una mujer,
aunque su furia le arrastre
á romperme una costilla,
voy á decirte, Juanilla,
lo que sé de ese pillastre:
que no merece tu amor
por su conducta rastrera,
y por ser un calavera
de los de marca mayor,
que en busca de peregrinas
aventuras le estoy viendo
todas las noches haciendo
guarismos en las esquinas.
Esto, Juana, es incivil
y merece un correctivo.
¡Cuántos con menos motivo
sufrieron garrote vil!
Yo, en cambio, que desde niño
con locura te idolatro
y te probé en más de cuatro
ocasiones mi cariño,
de ti recibiendo estoy
mil desdenes cada día

que me dejan, vida mía
más feo de lo que soy.
Y entretanto que el infiel
hace el oso á Nicanora,
á Mariquita enamora,
ó guita el ojo Isabel,
lloras tu amor ya difunto
en misterioso retiro,
y lanzas cada suspiro
mayor que un coche de punto.
Pero debo aconsejarte
que olvides á ese bandido;
¡no te faltará un marido
honrado para casarte!
Y si un día tu dolor
logras por fin mitigar,
y decides aceptar
el tesoro de mi amor;
si de mi fiero tormento
quieres, mi bien, condolerte,
porque llegue á conmoverte
mi noble comportamiento,
y un nuevo cariño asalta
de tu pecho la trinchera,
busca, Juana, quien te quiera,
que á mí ya no me haces falta.

MANUEL SORIANO.



No se dirá que huelga nuestro colaborador y amigo Enrique Segovia Rocaberti. En la misma semana ha dado un juguete cómico y una novela; aquél, estrenado en Lara, con el título de *Causas Criminales*, arrebatada, como quien dice, y la novela, que publica la *Biblioteca Demi-Monde*, será arrebatada de los escaparates en poco tiempo; se titula *Las Gemelas* y tiene sal y pimienta, con su poquito de mostaza.



Un suicida de buen humor deja al círculo de sus amigos unas cuantas botellas imponiéndoles esta condición:
¡Bebed el contenido... á mi salud!



Tú no sabes el disgusto
que tuve la tarde aquella
en que me dijiste:—Nones—
en el umbral de tu puerta.

Si me da por suicidarme,
me arrojó al mar de cabeza;
pero afortunadamente
me dió por comer ciruelas
y tengo unos coliquitos
que los demonios me llevan.



El bachiller *Juan de Lima*, con cuyo pseudónimo firma nuestro compañero en la prensa D. Eloy P. Buxó, ha reunido en un folleto ilustrado con viñetas una serie de chispeantes artículos publicados en *El Tribuna*, haciendo la crítica, mejor dicho, la aptosía del último poema de Núñez de Arce, *Maruja*.

Figúrense VV. si tendrá gracia, con solo saber el nombre del autor.

En cuanto al poema, hubiera recibido con esto el golpe de gracia... si lo hubiera necesitado.



Julia nunca ha sabido
colocarse las cintas del vestido,
y aunque animada del mejor deseo,
todas las pone atrás, ¡y eso es muy feo!
En cambio Violante
se las coloca todas adelante.
¡Hay maneras distintas
de ponerse las cintas!



Aunque el decirlo me aflija,
porque es un nombre endiablado,
parece que ha resultado
elegido un tal Botija
diputado.
Y el Gobernador, que es todo
un caballero cumplido,
le dijo con muy buen modo:
—No firme usted con su apodo;
firme usted con su apellido.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Sr. D. H. P.—Madrid.—Los epigramas, inocentes, y hay algunos versos cortos que ¡ya, ya!
- Sr. D. R. G. P.—Madrid.—Anodino completamente.
- Trovador.—Santander.—No sirven.
- Sr. D. H. H.—Madrid.—Nada de composiciones políticas.
- Nevares.—Ambas son espantosamente incorrectas.
- Sr. D. A. A.—Madrid.—Flojita, pero va V. mejorando.
- Morrionado-Puu.—Parece una poesía, pero es una tontería.
- Sr. D. R. C. G.—Madrid.—¿Quiere V. un consejo leal? Pues no se meta usted en eso de los versos.
- Sr. D. H. G.—Segovia.—¿Quién le ha dicho á V. que esas son inspiraciones? Está visto que aquí se puede engañar á cualquiera.
- Alcotán.—Los que no son sucios, son inocentes.
- Lisidelo.—Descuidada la forma y viejo el asunto... ¡Conque ayúdeme usted á sentir!
- Conde de Chux.—Sevilla.—¿Eso es para música?
- Sr. D. E. C.—Madrid.—Pero, hombre, ¿no sabe V. que no podemos insertar artículos?
- Sr. D. J. N.—Madrid.—No está mal, pero el final resulta soso.
- Ferdinando.—Se ha usado tanto eso de besar por equivocación!
- Sr. D. P. E. C.—Madrid.—Diez líneas, y á cual peor.
- Sr. D. J. P.—Sevilla.—En caso serviría para el *Político*; pero no sirve.
- Culebra.—Santander.—Eso es atroz.
- Sr. D. V. D. de T.—Madrid.—No recuerdo el nombre de ese caballero, á quien seguramente no conozco, ni de esa presentación, ni de la promesa.
- X.—No entiendo eso, y lo poco que entiendo me parece atrevidísimo... y sin gracia.
- Sr. D. R. G.—Madrid.—Es mala.
- Sr. D. F. G.—Madrid, y L. A.—Madrid.—Sirven.
- Sr. D. E. C.—Madrid.—Ha hecho V. bien en no darme las gracias anticipadas.
- Poquiro.—Mal, muy mal, no están; pero en eso de los cuantares hay que andarse con pies de plomo.
- Sr. D. D. M.—Madrid.—Gracias.
- Sr. D. G. G.—Madrid.—Tiene poco saliente.
- K. Q. H. I.—¿Guasitas?
- Sr. D. E. de B.—Granada.—Recibida, sí, señor: recibida.
- Sr. D. V. L.—Madrid.—Demasiado dolorida.
- Sr. D. F. M.—Madrid.—El diálogo es poco *movido*, ¡y es una lástima!

EL BUEY SUELTO...



Tengo en mi casa un infierno
 ¡el ama es tan pagagosa!
 Pues señor, no hay peor cosa
 que las amas de gobierno.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
 ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 3 pesetas; semestre, 5; año, 10
 Provincias.—Semestre, 5 pesetas; año, 10
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven
 si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus
 pagos en horanzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos
 de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á
 fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho
 el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 23, primero, izquierda.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

BIBLIOTECA FESTIVA

POR

FRANCISCO ARECHAVALA

EN PRENSA.—Tomo I. VIVIR PARA REIR

Precio: DOS REALES

A los libreros y vendedores, 25 por 100 de rebaja.

Oficinas: Concepción Jerónima, 19, segundo, izquierda.—Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios

UN VOLUMEN MENSUAL

Los tres tomos del trimestre, una peseta para los suscritores
 en toda España.

MADRID POLÍTICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

No se admiten suscripciones.—Se da como REGALO á todos
 los suscritores del MADRID CÓMICO.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
 A corresponsales y vendedores, cada ejemplar, 10.

Este periódico, complemento del MADRID CÓMICO, está redac-
 tado é ilustrado por todos los colaboradores y dibujantes de éste.

A los señores corresponsales que lo sean de ambos se les re-
 mitirán las cuentas unidas y en las mismas condiciones.

Los que lo sean sólo del *Madrid Político* deberán atenerse
 á las observaciones insertas en el anuncio del MADRID CÓMICO.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 23, primero, izquierda

DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA.

CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 2.

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA